

R.
2
F 363 P
E

PARA LA

HISTORIA DE C. R.

PARA LA HISTORIA DE
COSTA RICA

EL ASESINATO POLÍTICO DEL EX-DIRECTOR DE

"EL IMPARCIAL"

Y DIPUTADO AL CONGRESO

Don Rogelio Fernández Guell,

Y DE SUS VALIENTES COMPAÑEROS.

EJECUTADO POR LA TENEBROSA TIRANÍA
DE LOS TINOCOS

[García Flamenco, Marcelino]

C.R.

92

F363P

C.E.

20847

PARA LA HISTORIA DE COSTA RICA

El asesinato político del ex-director de "El Imparcial" y Diputado al Congreso don **ROGELIO FERNANDEZ GÜELL.**

Soy salvadoreño y he vivido tres años en Costa Rica dedicado a la educación popular. En febrero último vine a Buenos Aires del Cantón de Osa a servir la escuela de la localidad, y habiendo guardado prudente neutralidad en el país en asuntos políticos hasta el 15 de marzo último, este día me declaro en mi calidad de hombre honrado, en enemigo franco del gobierno de los señores Tinocos, que autorizan el asesinato de don Rogelio Fernández Güell, Carlos Sancho, Jeremías Garbanzo, Ricardo Rivera, Salvador Jiménez y Joaquín Porras.

Llanamente y sin encono, pero con ansia de justicia, quiero exponer por la prensa mi protesta que sintetizo en la siguiente declaración que expofesamente vengo a dar a Panamá, ya que en los actuales momentos no hay quien me la reciba en Costa Rica.

Tenia orden el Jefe Político del Cantón de Osa, de capturar a varios fugitivos revolucionarios que debían pasar por Buenos Aires, y para cumplir su misión habíase trasladado con un reducido retén a Boca de Limón, lugar estratégico más vecino a la frontera panameña. El 13 de marzo llega a Buenos Aires en marcha precipitada el Agente de Policía de El General y manifiesta que al lugar de su residencia han ingresado siete revolucionarios bien armados, y que teniendo él que salvar su vida en peligro, ha dejado en libertad a Carlos Sancho, fugitivo que había caído en su poder con días de anticipación. Los bonaerenses entonces se preparan para la captura respectiva, que ellos desde un principio entendieron por matanza; mandan aviso al Jefe Político ausente y esperan.

El 14 a las 7 p. m. llega Patrocinio Araya a la cabeza de 11 policías de la 2a. Sección y 20 reclusas de El General, Santa María y otros lugares. Pregunta por Fernández Güell y los suyos y como se le dice que no han pasado, trata de inútiles a los de Buenos Aires y asegura que la noche anterior o el propio día, han cruzado la población los revolucionarios en fuga. Expone el cansancio de sus soldados que salieron de San José en la tarde del domingo 10 y se establece un deficiente servicio de vigilancia con civiles del lugar, encabezados por el turco Antonio Ibarra, Presidente Municipal.

Amanece el viernes 15 sin novedad. Con torpeza manifiesta se preparan comisiones de persecución. Yo abro mi escuela y principio mis labores, pero no he terminado mi primera lección, cuando noto carreras en los expedicionarios que en el desorden más completo se dirigen a la vega del río Ceibo, en número de cincuenta. ¿Qué sucede? Fernández Güell y los suyos llegaron el día anterior a la vega referida, que es un campo dividido en muchas parcelas alambradas, cruzado por una red de caminos que forman un laberinto; trató de avanzar esquivando el paso por la población y le fué imposible. Así sucedió que en la mañana del 15, después de haber comido unas sandías, se encontró con unos muchachos campesinos que iban a su labranza; casualizó que fueran los dueños de las frutas y pagándoseles don Rogelio, les preguntó si había fuerza armada en el poblado, a lo que contestaron negativamente los muchachos. Pronto, después detuvieron los fugitivos al chiricano Santos Vásquez, a quien ofrecieron 200 colones si los sacaban a la frontera. Vásquez se negó so pretexto de ser extranjero y no querer meterse en líos políticos. Confirmó la falsa noticia dada por los jóvenes campesinos, y los acaudillados por Fernández Güell, con confianza criticable, se decidieron probablemente a cruzar la población a plena luz, cuando fueron avistados por el indio Nazario Vidal, que sin recomendación para el caso, voló a dar aviso a la tropa que aún no había salido en comisiones. Este indio motivó las carreras que interrumpieran mi labor y que minutos después produjeran el encuentro de dos bandos tan desiguales: siete fugitivos descuidados que evadían un combate y 50 gobiernistas bien enterados de lo que era el enemigo y ávidos de matar, pues esta era la orden, según decía la chuzma de ignorantes.

Eran las 8 de la mañana, cuando principió un nutrido tiroteo a un kilómetro de mi escuela y en el Bajo del río Ceibo. Por precaución trasladé a mis niños a la casa cural y después de algunos minutos de ansiosa expectación, vi regresar cabizbajo y silencioso al turco Ibarra, quien al ser interrogado por mí, me notició del triunfo de los suyos y de la suspensión de todo peligro. Despaché a mis niños a sus casas encareciéndoles la no concurrencia al teatro de los acontecimientos y me marché con rapidez a tomar informes al propio lugar del suceso.

Llegado al Bajo descubrí a un grupo de los asesinos y cómplices, que conduciendo ileso al indio Aureliano Gutiérrez, vaqueano hasta El General de los vencidos en aquel momento, vivaban al gobierno, al general Araya y a alguien más, haciendo a la vez comentarios en alta voz. Dos o tres, en cuenta Eusebio Ceciliano, padre de los discípulos míos que venía montado a la grupa de un caballo, me reclamaron entusiastas mi felicitación por el triunfo, a lo que yo respondí con una fría felicitación "por verlos con vida." Cien metros detrás venía el herido Salvador Jiménez conducido por brazos culpables. Más allá yacía mortalmente herido a la derecha del camino Joaquín Porrás, a quien el padre Federico Mauback, acababa de confesar lo mismo que a Jiménez. A diez metros en línea oblicua, hacia el Occidente y medio oculto entre el monte, encontré el cadáver de don Rogelio, que presentaba una herida lateral en la rodilla izquierda, dos agujeros de bala en el cuello y dos en el cráneo, la barba y el bigote razurados y vestido con ropa exterior sencilla, una camisa con pechera a rayas delgadas de azul y blanco, botas de ciudad a dos colores e indumentaria interior toda fina y marcada delicadamente con las dos primeras iniciales de su nombre. Quisimos adquirir para la familia alguna prenda de recuerdo del extinto y sólo encontramos en el bolsillo un lapicito amarillo. Ya había sido despojado de todo lo valioso, como todos sus compañeros, que tenían algunos bolsillos vueltos al revés.

Avanzando 300 m., y cruzando un brazo del Ceibo formaban triángulo los cadáveres de Carlos Sancho, Jeremías Garbanzo y Ricardo Rivera.

Estaban atrozmente heridos a bala y los dos primeros tenían de tal manera destrozado el cráneo, que la maza encefálica hubo de rodar por el suelo. Sancho era quien estaba mejor equipado para viaje: usaba pantalón y botas de montar.

Con cartera en mano tomaba datos en este último sitio señalado cuando Patrocinio Araya me habló por primera vez, preguntándome que con qué objeto escribía. Alguien le contestó oficiosamente que yo era corresponsal y acreditando lo dicho pregunté al jefe de la jauría si me era permitido anotaciones. "Si, de estos sucesos es bueno que se entere el público detalladamente," fué su respuesta. En aquellos precisos momentos se acercaba el Alcalde José Ana Hernández, con el fin de levantar la información del caso y Araya enterado del fin le dijo: "El Alcalde no tiene que ver nada en esto que es el resultado de una acción puramente militar," y como incontinentemente llegaron dos policías de regreso con el vaqueano Gutiérrez para que señalara el punto en que habían depositado los muertos una supuesta ametralladora, dejamos todos al Alcalde con su Secretario y retornamos al lugar del principio de la refriega. Aquí estábamos cuando Araya me nombró su Secretario; había de escribir a San José y necesitaba mis servicios. Acepté sin vacilar, pues me interesaba la acumulación de datos.

Volvimos a la población y no habíamos acabado de libar sendas copas de aguardiente y vino con que nos obsequiaron dos amigos, cuando los turcos Pedro Joaquín y Antonio Ibarra se quejaban de saqueos que la pacotilla del fermentido triunfo había principiado en sus respectivas tiendas. Araya dijo que cortarían el mal y que de todos modos el Gobierno pagaría a la presentación de las cuentas todo lo que la tropa pidiera en los establecimientos.

Anheloso de más datos me puse de nuevo a las órdenes de Araya, pero éste aplazó el trabajo para después de almuerzo.

El entusiasmo seguía en la jauría; cada cual quería ser un matador. El septuagenario cartaginés José Figueroa, alias Cholo, uno de los fundadores de Buenos Aires, propuso que los cadáveres fueran arrojados en una sola fosa y en el lugar del cementerio destinado a los moros. Un policial pidió una cumbia (baile chiricano) como número de celebración. Yo recordé mi posición de maestro de escuela y mi calidad de hombre civilizado, y principié con palabra moderada a llamar al orden a aquella canalla en desenfreno. Luego, la prudencia me olió a cobardía, y en cinco o seis ocasiones y en distintas partes, hice de mi palabra un látigo y azoté a la pacotilla. Dije bien de Fernández Güell y los suyos y fui duro en la crítica de los cobardes vencedores. Nadie me interrumpió en mis ataques, a última hora muy directos y punzantes, ni el mismo Araya; por el contrario, gané partidarios pasivos y silenciosos sí, pero que aplaudieron, aunque en secreto, mi conducta.

El pecado acobarda a las conciencias que no están del todo empedernidas, y aquella gente que supongo pecó por ignorancia, al comprender su falta, perdió en gran parte el ánimo.

Pasó el almuerzo. Araya aun no se había dado cuenta de mi campaña tan impolítica como inesperada y me llamó a la Jefatura para trabajar. Ordenó al policía municipal Tito González que cerrara las puertas y ventanas que daban a la calle, le recomendó que evitara la interrupción de cualquiera en nuestra labor y ordenó la busca de un expreso para San José. Luego me dice: —Vamos a escribir una nota al señor Ministro de la Guerra.

—Con mucho gusto, repliqué, ¿qué le decimos, Coronel?—Hága-

me el favor de escribir, yo le dicto, contestóme. Accedí, escribiendo lo siguiente:

“Señor Ministro de la Guerra.—San José. 1

Mi muy estimado General:

Hoy viernes 15 de Marzo a las 8 de la mañana tuve la grata satisfacción de cumplir sus órdenes al pie de la letra. Rogelio Fernández Güell ya no vive y lo siguieron a la tumba Joaquín Porras, el matador del Coronel Quesada, Ricardo Rivera el vaqueano, Jeremías Garbanzo y Carlos Sancho. Tengo herido a Salvador Jiménez y preso y sano a Aureliano Gutiérrez, vaqueano que condujo a los primeros hasta El General. Puede decir al amigo Enrique Clare q' cuente con el crespó q' me encargó de Rogelio. Estoy ansioso de dar a Ud. cuenta minuciosa de mi feliz comisión, en la cual no sufrió lo menos ninguno de los míos. Mi querido General: mis muchachos están muy maltratados para regresar por el Cerro de la Muerte y espero de su bondad que me ponga cuanto antes una gasolina en El Pozo.

Siempre su fiel amigo,

(Fdo.) PATROCINIO ARAYA.”

Hice después un salvoconducto para el correo, sellé con el sello de la Jefatura los oficios y sobres y lacramos entre el policía González Araya y yo la comunicación para el Ministro.

(Si se duda de la autenticidad de la anterior comunicación puede pedirse al señor Ministro Tinoco que exhiba el original que necesariamente debe presentarse escrito de mi puño y letra y firmado por Araya y procedase a la comparación correspondiente, pues la verdad de la carta es absoluta).

Dimos por terminada la labor; pero antes, en un paréntesis, como hubiera oído decir que Araya había ultimado sin necesidad a Fernández Güell, que ya herido en la rodilla se había dado por vencido, interrogué a aquel sobre el particular y me contestó con mezcla de disgusto, zafia y cínica satisfacción: “Sí, yo lo maté con mi propio puño; estoy satisfecho.” ¿Con el mausser, replicamos? “No, respondió, con mi revólver; yo no llevo mausser.” Y segundos después: “A esa gente no podía llevarla viva, maestro, tenía órdenes expresas.”

El carpintero José Elisondo refiere que don Rogelio con su Winchester al lado y con el cuerpo en tierra en actitud inofensiva, lo llamaba como para decirle algo, cuando Patrocinio y algunos policías se acercaron a su suplicante y uno de todos le dió de balazos con su revólver, procediendo en seguida a despojarlo de un anillo y de lo que llevaba en los bolsillos.

José María Soto y un hombre del General o Santa María, dijeron que después de que Araya descargó su revólver sobre Fernández Güell, le dió dos palmadas de satisfacción en la espalda al propio tiempo que le

dirigía una expresión y en seguida pidió una navaja y le cortó un mechón de la cabeza (el encargo de Clare).

Don Rogelio, herido en la rodilla, Porras acribillado a balazos, Jiménez con el tronco atravesado por una bala y el vaqueano Gutiérrez que desertó sin colaborar en la refriega, la observación de todo esto y de la superioridad numérica del enemigo, hizo que Sancho, Garbanzo y Rivera emprendieran fuga hacia el río, sin contar con una emboscada de catorce hombres que al pasar frente a la izquierda de una cerca les mandó hacer alto. Los fugitivos obedecieron y en calidad de rendidos fueron ultimados por los emboscados Camilo Quirós (alias Camilón) policial, Eusebio Ceciliano y Carlos Obando, civiles y otro policía. "Hay orden de matarlos," dijeron los de uniforme, y los civiles obedecieron cual su ignorante condición se los imponía.

A Jiménez le salvó la vida el Teniente de Policía Yayo Rodríguez, que reconoció a un viejo amigo en el herido imposibilitado para defenderse, en el preciso momento en que otros de los galgos se disponían a descargar sus rifles sobre Jiménez.

De todo, queda en limpio, que el único muerto en buena lid fué Joaquín Porras, quien herido mortalmente en la refriega, sólo lamentó en sus últimas horas el desamparo de cinco niñitas suyas de corta edad que viven en San José.

Joaquín Porras Quesada era un joven propietario de una modesta sastrería en la capital costarricense. Fué todo un valiente.

Mi predicación no acabó aquel día de vergüenza para Costa Rica. El sábado 16, cuando ingresaba de Boca de Limón el Jefe Político don Blas González en compañía del Coronel Juan Rafael Guier y todavía estaba en la plaza el grupo de asesinos, yo enseñaba a mis niños la palabra **ASESINATO** que aún les era desconocida; anatematizaba la obediencia ciega y acababa de leerles un artículo de don Rogelio contra la pena de muerte, que yo guardo en un libro de recortes. Invité a todos para poner cruces y flores en las tumbas de las víctimas el día del novenario y cerré mi escuela en señal de duelo.

Hombres de pundonor, hombres honrados. ¿qué decís de lo que os acabo de contar?

Pueblo de Costa Rica, ¿qué resolución pensáis tomar en conocimiento del drama que en corriente frase, pero honrada actitud os dejo dicho? Yo olvido el castigo que semejante crimen merece, para meditar en la previsión de futuros vandalismos y surge a mi mente aquello de que "Destruyendo la causa se nulifica el efecto."

Costarricenses: seréis cómplices de vuestros propios males si dejáis por más tiempo vuestros destinos en manos de sargentos. Constituis el grupo de mayor cultura en Centro América y bueno es que observéis que los Ezetas ya no existen y que si Estrada Cabrera vive, lo hace de una manera moderada.

Antes de firmar debo hacer pública manifestación de que a los señores Tinoco los conozco apenas de vista, que de ellos no he recibido el menor mal y que en Costa Rica gocé siempre de muchas consideraciones. De los 28 maestros que formábamos el personal docente de la ciudad de Puntarenas el año pasado, quedaron en lista para laborar este año apenas 12, y a mí no se me excluyó. Maestros hay que actualmente no llegan a devengar treinta colones y yo ganaba en Buenos Aires 111.

Lector: ¿habré cometido una vileza viniendo a denunciar al gobierno que me daba trabajo? ¿Que sí? Pues estoy dispuesto a repetirla!

MARCELINO GARCIA FLAMENCO.

David, 1.º de Abril de 1918.

Más referencias del asesinato del 15 de marzo en Buenos Aires.

Buenos Aires es cabecera del Cantón de Osa en Costa Rica; hará cincuenta años que principió a poblarse y a esta hora cuenta con unas once casas y sesenta ranchos de palma. Sus habitantes son principalmente chiricanos y se encuentra equidistante de San José y David, cinco días de buen andar por caminos escabrosos. Yo hice mi caminata hasta David en ocho días; pero a pie, sin conocer el sendero y con treinticinco libras a la espalda.

* * *

Patrocino Araya, según referencias, es un criado de los Tinocos que ha estado más de una vez en presidio. Tiene aspecto de jugador mejicano, pero para no quitar al César lo que es del César, diremos que es de trato afable y muy cortés, a su manera de campesino. A nosotros nos trató con particular atención en Buenos Aires aunque se llevó el propósito de acusarnos en San José.

* * *

El Teniente de Policía, Yayo Rodríguez, que acompañó a Araya en la expedición, según el decir del Coronel Guier, es un ratero; cosa que nosotros creemos porque comandaba un grupo de tales, que no sólo despojaron hasta de sus sombreros a los muertos antes de que nosotros llegáramos al lugar del crimen, sino que también robaron sus alforjas al preso Aureliano Gutiérrez.

* * *

De los chiricanos que radican en Buenos Aires, que nosotros separamos, sólo uno concurrió a la matanza, por cierto con mucho entusiasmo. Los demás se negaron como extranjeros a tomar participación en tan escandaloso crimen.

* * *

"La Información" del 21 de marzo habla de honores militares a los muertos y tales no se verificaron. La policía concurrió en desorden al sepelio y si no se enterraron en una sola fosa los cadáveres, como propuso el Cholo José Figueroa, si se les alojó en el sitio destinado a los paganos y desconocidos, moros que llaman allá.

* * *

También dice la misma "Información" que Antonio Ibarra no es turco, sino guanacasteco. Yo digo que sí es turco, y de pura sangre, casado con una turca y padre de tres turquitas; es Presidente Municipal y persona hospitalaria, pero no respondo de su innato espíritu mercantilista.

* * *

Dice el mismo periódico que llamaron a las personas más caracterizadas para que declaren. Ojalá! y Dios les dé entereza para que llamen a las cosas por su nombre cuando desplieguen los labios, ante personas honradas, se entiende.

* * *

El Padre Federico Mauback y no Nieborowsky, además de confesar a los heridos Porras y Jiménez, dijo una oración religiosa en el cementerio, por cierto interrumpiéndome en una reprimenda que yo daba a uno que aun hablaba de triunfos; y por la mañana del 16 ofreció una misa a los difuntos a la cual concurrió sólo una veintena de personas.

* * *

Para que se trasladaran los cadáveres al cementerio hubo necé-

sidad de recurrir a la fuerza. Nadie quería llevarlos y la apertura de las sepulturas se hizo con manifiesta falta de voluntad de casi todos los que trabajaban. El Alcalde José Ana Hernández, trabajó con empeño y gusto.

* * *

El sábado 23 de marzo fui con mi escuela a cumplir con mi propósito del sábado anterior y colocando sobre las tumbas flores y plantas de jardín que llevaron gustosos los niños y dos cruces, una común a todos con esta inscripción: 15—III—918 y otra especial para don Rogelio con sus tres iniciales en cruz. Todo sencillo, pero con sincero cariño.

* * *

El Domingo de Ramos, 24 de marzo, salimos sin contarlo a nadie para esta República. A esta hora el pueblo de Buenos Aires en su totalidad había comprendido su falta y estaba temiendo la venganza de la parte ofendida. Algunos chiricanos querían volver a su tierra. Dos familias habían cambiado de domicilio y la esposa de Antonio Ibarra no dormía en su casa.

Aquellos culpables vecinos habían caído en arrepentimiento. Más vale.

* * *

Al fin pudimos obtener de don Rogelio algunos objetos que conservamos para depositarlos algún día en manos de la familia del ilustre extinto. Entre todo tenemos un mechón que recortamos con respeto de su despejada frente y el monograma con que estaba marcada su camisa.

Tristes recuerdos provocará este obsequio, pero suponemos que la familia lo aceptará con buena voluntad.

M. GARCIA FLAMENCO.

David, 3 de Abril de 1918.



Todas las afirmaciones sustanciales de esta verídica y terrible narración han sido confirmadas categóricamente por el testimonio de un alto funcionario extranjero que se constituyó en el lugar de los acontecimientos el día 26 de Marzo y que tomó las informaciones conducentes.

La verdad se ha abierto campo. La **Justicia** no ha de tardar su misión.

San José, 21 de enero de 1918.

Señor don Marcelino García F.—Puntarenas.

Mi estimado amigo:

He tenido el gusto de recibir su carta del 15 y de imponerme por ella del estado en que se hallan los trabajos escolares en los distritos de Sarmiento, Fernández y Guacimal, que tanto deben a la iniciativa y al esfuerzo de usted. Atendiendo a su indicación, voy a tener el gusto de escribirle al señor Marceel, cuya meritoria gestión es digna de un sincero aplauso. Por lo demás, es muy sensible para mí decirle a usted que, a causa de la penuria en que el Gobierno se encuentra, talvez no sea posible crear este año en esos lugares las plazas de maestro que se necesitan y a que en verdad, tanto derecho tienen los vecindarios. Habrá que aguardar mejores tiempos. Deseo que haga usted un viaje muy feliz a Buenos Aires, que sus labores educativas tengan allá el éxito de desearse y que goce siempre de buena salud. Espero que me escribirá usted de cuando en cuando. Lo saluda cordialmente su servidor y amigo,

J. A. FACIO.

Buenos Aires, 23 de Marzo de 1918.

Señor Inspector de Escuelas.—Puntarenas.

Señor:

Aunque mi conducta observada el 15 de Marzo del presente estuvo absolutamente de acuerdo con mis deberes de maestro y de hombre honrado que soy, en lo que toca al asesinato perpetrado en las personas de don Rogelio Fernández Güell y compañeros, los sucesos de ese día me obligan a presentar por su digno medio al Ministerio de Instrucción Pública mi renuncia irrevocable del cargo de maestro de la escuela de Buenos Aires, rindiendo expresivas gracias por la confianza que hasta el presente se ha tenido en mí en la Secretaría referida.

Respetuosamente,

M. GARCIA FLAMENCO.





Homenaje

a la memoria del Maestro

García Flamenco

Queda ofreciendo agua esta fuente. No se podrá mejorar nunca el homenaje. Que en lo por venir nadie piense en arrancar a los hombres decretos que ordenen bronce o mármoles. Si un ruego debemos hacer es pedir a los dioses que en este mismo sitio brote un manantial venido del propio corazón de la tierra. Agua que de las profundidades de donde nazca recoja esa cristalinidad que vuelve arco iris la luz del sol. Cuando los ojos de los hombres se recubran con el polvo maldito de la indiferencia y dejen pasar los sucesos de la Patria, sin levantar, apenas asomados, el corazón, que lleguen a esta fuente y limpien en ella sus manos y arrojen contra su rostro el agua que les devuelva la visión.

OCTAVIO JIMENEZ



MARCELINO GARCIA FLAMENCO

Muerto por defender la libertad de Costa Rica
el 19 de Julio de 1919

MI PATRIA

Federico Schiller

Soy ciudadano del mundo:
en donde abunda la vida
pongo mi afecto profundo,
tengo una tierra querida.

En donde surca el arado
o la nave, en cualquier parte,
mi enemigo es el malvado
y un ideal es mi estandarte.

En donde triunfa el derecho
y la paz une las manos
naturalizo mi pecho
porque allí están mis hermanos:

Con hogar o vagabundo,
mi patria no tiene nombre:
soy ciudadano del mundo
y compatriota del hombre.

ROBERTO BRENES MESÉN

EL MAESTRO GARCIA FLAMENCO

Era salvadoreño. Dicen que una de las causas por las cuales vino a Costa Rica, fué por la de haber oído decir que era tierra de paz y con muchas escuelas abiertas.

En 1918 pidió la plaza de maestro de la escuelita de Buenos Aires, aldea remota perdida en el cantón de Osa, que cuenta por ahí de unas once casas y sesenta ranchos de paja.

Por ese entonces, Costa Rica estaba gobernada por la tiranía estúpida y odiosa de los hermanos Tinoco, quienes creían que nuestro país era exclusiva propiedad suya. La libertad y los bienes de los ciudadanos eran un juguete entre sus manos ignorantes y las de los malos costarricenses que se pusieron a su servicio.

¡Fue una época terrible!

La Penitenciaría y los cuarteles estaban llenos de prisioneros. Cualquier hombre que se indignaba y protestaba ante los hechos repugnantes que se cometían, iba a parar a la prisión. En esa época hasta las mujeres vieron amenazada su libertad.

Rogelio Fernández Güell con un grupo de varones arrojados y valientes—obreros casi todos—se declaró en abierta rebeldía. Como eran muy pocos, fueron derrotados por las tropas del Gobierno. Tuvieron que huir por las

montañas, perseguidos por un gran número de hombres infames a cuya cabeza iba un criado de Joaquín Tinoco, un bandido llamado Patrocinio Araya. Los fugitivos llegaron deshechos por la fatiga a Buenos Aires y se refugiaron en el bosque. Pero alguien los delató a sus perseguidores, y allí en el corazón de la selva cayeron acribillados por las balas de los asesinos.

El pensamiento del maestro García Flamenco se incendió ante aquella iniquidad, abandonó su puesto y marchó hacia Panamá ansioso de delatar el horrendo crimen que presenciaran sus ojos de hombre bueno. En Costa Rica no le habrían dejado hacerlo.

He aquí algunos de los párrafos del folletito que publicó en Panamá y que fué como un grito de indignación y de protesta:

«Esté día (15 de marzo de 1918) me declaré en mi calidad de hombre honrado, enemigo del Gobierno de los Tinoco que autorizaron el asesinato de Rogelio Fernández Güell, Carlos Sancho, Jeremías Garbanzo, Ricardo Rivera, Salvador Jiménez y Joaquín Porras».

«Cuando todavía estaba en la plaza el grupo de asesinos, yo enseñaba a mis niños la palabra *asesinato*... anatematizaba la obediencia ciega y acababa de leerles un artículo de don Rogelio contra la pena de muerte... Cerré mi escuela en señal de duelo».

«Hice el viaje a pié en ocho días hasta llegar a David, sin conocer el sendero y con 35 libras a la espalda».

.....

Un escritor venezolano llamado Jacinto López, ha escrito muy hermosas páginas sobre el maestro García Flamenco. De ellas tomamos lo que sigue:

«¿No es patético el espectáculo del maestro de escuela, con su talego al hombro, a pié, por un camino largo y desconocido; solo, huyendo de la tierra del crimen, abandonando su salario que le daba la vida, abandonando su tranquilidad, su comodidad, su bienestar, su segunda patria, todo; ansioso de ganar la tierra neutral para abrir su pecho oprimido y lanzar al mundo el grito acusador de su conciencia indignada?

¿No es este un espectáculo de heroica, de trágica, de suprema belleza?»

SAN SELERÍN

SU RETRATO

Era joven, apenas llegaba al linde los treinta años. Tenía la gaya ⁽¹⁾ presencia de los jóvenes que han nacido en buen regazo. Andaba recto y sin torcer el rumbo, sonreía con una sonrisa limpia y generosa, a veces asomaba en ella un rictus de escepticismo, pero jamás un brote de crueldad o de insidia.

Delgado pero fuerte. Más alto que bajo, más moreno que blanco. Su figura distinguida no se podía olvidar.

Las facciones bien delineadas y severas, el lenguaje correcto, la pasmosa serenidad de su actuación, la exquisita

(1) Alegre.

y señorial cortesía, la atención con que escuchaba, la prudencia con que decía, daban convencimiento de su limpieza espiritual.

EL MAESTRO

Fué maestro ambulante de pequeñas aldehuelas: Sarmiento y Guacimal.

Quince días en un lugar y quince en otro; iba entre los campesinos humildes, niños y adultos, asomando una estrella de consolación en la noche de su ignorancia.

Y fué despertando aquellos olvidados rincones a una vida de más inspiración. Empezó a levantar el espíritu de los rústicos e inició la construcción de ambas escuelas.

Su bolsillo fue el primero que vació colones en el cepo ⁽¹⁾ donde iban a caer las monedas de los campesinos para alzar la casa de enseñanza. Y cuando la malaria le quiso asaltar y debió volver a Puntarenas, huyendo sus falacias, al alejarse del poblacho regaló el caballo en que hacía sus jiras, para que lo sumasen al escoto. ⁽²⁾ ¡Su caballo, es decir todo su capital.

LUIS DOBLES SEGREDA

(Fragmentos del discurso pronunciado en la Escuela de Aplicación de Heredia al consagrar una aula al recuerdo del maestro García Flamenco).

(1) Alcanía.

(2) Contribución.

EL SOLDADO

Durante la campaña ha sido el soldado más sufrido, más abnegado, más animoso. Ha estado listo a todo, por fatigoso y ocasionado a peligros que fuera.

No le arredraban privaciones, ni largas jornadas a pie, ni riesgo de ninguna suerte. Eternamente de buen humor, con una cordial sonrisa que iluminaba un poco la austeridad de su rostro.

MARIO SANCHO

EN NICARAGUA

De Panamá paso a Nicaragua y allí se puso al lado de los revolucionarios costarricenses que trataban de echar abajo la tiranía de los Tinoco. Lo mató el enemigo en un sitio llamado La Cruz, en el Guanacaste. Hay quien asegura que, soldados de las tropas de los Tinoco lo quemaron vivo. Pero ante hecho tan cruel y horrible, el pensamiento se resiste a creer.

SAN SELERÍN

PROGRAMA



DISCURSO. Octavio Jiménez A.

Inauguración de la Fuente. Un niño abrirá la llave para que brote el agua. Durante este acto las Escuelas cantarán el Himno Nacional.

Poesía. José María Zeledón.

Himno a García Flamenco, cantado por las Escuelas.

Desfile de las Escuelas. Al desfilarse los niños cubrirán de flores la fuente.

Durante la ceremonia los compañeros del maestro García Flamenco en la Revolución del Sapoá, harán la guardia en torno de la Fuente. Luego desfilarán hacia el Cementerio General a llevar ofrendas de flores a la tumba del maestro y de los otros soldados que allí descansan.



